
EL ASALTO A LA RAZÓN
LA TRAYECTORIA DEL IRRACIONALISMO DESDE SCHELLING HASTA HITLER

O ASSALTO À RAZÃO
A TRAJETÓRIA DO IRRACIONALISMO DESDE SCHELLING ATÉ HITLER

THE REASON ASSAULT
THE PATH OF IRRATIONALISM FROM SCHELLING TO HITLER

DOI: <http://dx.doi.org/10.9771/gmed.v11i2.34108>

Georg Lukács¹

Epílogo - Sobre el irracionalismo en la posguerra

Hemos intentado, en las páginas anteriores, exponer en sus aspectos fundamentales la trayectoria del irracionalismo, desde la contraofensiva ideológica reaccionario-feudal provocada por la Revolución francesa hasta el hitlerismo y su necesaria bancarrota. Con el derrocamiento de Hitler, este estudio, iniciado ya en los días de su poder y de su poderío, ha adquirido un carácter esencialmente histórico. No del todo, sin embargo. No creemos que nadie se atreva a sostener, hoy, que el hitlerismo, tanto su ideología como sus métodos, pertenezcan ya íntegramente al pasado histórico. Es cierto que, al terminarse la guerra, una gran parte de las masas, libre de la pesadilla del fascismo, se hizo la ilusión de que iba a abrirse un período realmente nuevo de paz y libertad. Pero, apenas un año después, Churchill se encargaba de desgarrar cruelmente en Fulton todos aquellos sueños. De entonces acá, son cada vez más quienes van dándose cuenta de lo que los más perspicaces sabían ya desde un principio: que el final de la guerra no ha sido sino la preparación de otra contra la Unión Soviética y que la acción ideológica sobre las masas, con vistas a esta guerra, es un problema capital para el mundo imperialista. He aquí por qué, en medio de esta enconada guerra fría en que vivimos, no puede una obra polémica contra el irracionalismo militante –aunque esta obra tenga un propósito esencialmente histórico– terminar con Hitler, sino que tiene que poner de relieve, cuando menos, los rasgos fundamentales de la trayectoria del pensamiento desde el derrocamiento del hitlerismo hasta hoy.

Tal es la finalidad de este Epílogo. Con lo que queda dicho, naturalmente, que estas páginas finales no tienen la pretensión de ofrecer un cuadro científico completo y exhaustivo, ni en sentido extensivo ni en el intensivo. Si tenemos en cuenta que, desde el término de la segunda Guerra

Mundial, la hegemonía de la reacción imperialista mundial ha ido pasando cada vez más de lleno a manos de los Estados Unidos, quienes en este sentido han venido a sustituir a Alemania, sería necesario, en realidad, escribir la historia de la filosofía en aquel país para poder poner de manifiesto, con la misma precisión con que lo hemos hecho con respecto a Alemania, de dónde provienen, desde el punto de vista social y en el plano espiritual, las actuales ideologías del "siglo norteamericano", dónde ha y que buscar las raíces sociales y espirituales de estas ideologías actualmente en boga.

Fácil es comprender que semejante empresa requerida un libro tal vez de las mismas proporciones que éste, y el autor no se considera, en modo alguno, llamado a escribir una obra de este tipo (ni siquiera un esbozo de ella).

Este Epílogo no puede aspirar a otra cosa que a bosquejar muy a grandes rasgos los aspectos nuevos más importantes que se destacan en las tendencias sociales del período de la posguerra, poniendo de relieve sus reflejos ideológicos a la luz de algunos ejemplos especialmente característicos, con el fin de enlazar con el presente nuestras anteriores consideraciones. Lo que trae consigo, naturalmente, el que nuestra exposición se limite también, en estas páginas complementarias, al panorama de Alemania, de una parte por razón del importante papel que a los alemanes se asigna en los planes del imperialismo norteamericano y, de otra parte, porque en la ideología de la Alemania occidental de hoy cobran considerable relieve ciertas formas importantes del prefascismo. Siguiendo el plan que nos hemos trazado, también éstas habrán de exponerse más bien como ilustración que de un modo exhaustivo. Este Epílogo no persigue otra finalidad que la de señalar en las personas de sus exponentes más caracterizados las tendencias fundamentales dominantes en las ideologías del período de la guerra fría.

I

Entrando ya en los problemas de fondo, surge inmediatamente, ya en el momento mismo de iniciar nuestra indagación, esta pregunta: ¿en qué se manifiestan los nuevos rasgos del período posterior a 1945?

La coalición antifascista se desmorona rápidamente, y las potencias "democráticas" se entregan con energía cada vez mayor a la "cruzada" contra el comunismo, recogiendo sin pérdida de momento la bandera central de la propaganda hitleriana. Y esto, como es natural, hace cambiar la orientación (y, con ella, el contenido y la estructura) de semejantes concepciones "democráticas". Habiéndose movilizado en la Guerra Mundial contra el fascismo, podían hacerse pasar, a veces, con cierta razón, como las herederas del período de florecimiento, ya de largo tiempo atrás cancelado, de la democracia burguesa. En virtud de la gran fuerza de atracción de este movimiento, que por fin había cobrado un impulso de avance, se mantiene, aun después de haber virado en redondo, la apariencia de una cierta continuidad con la etapa anterior: la apariencia de seguir luchando contra el "totalitarismo", pero englobando ahora bajo este nombre el fascismo y el comunismo, a los que se considera como la misma y única cosa.

Aun prescindiendo de que esta concepción no es más que un trasto viejo sacado del desván de la socialdemocracia y el trotskismo, viene a revelar, en la situación concreta en que nos hallamos, inmediata y obligadamente, una nueva hipocresía y una nueva falacia, ya que para poder luchar eficazmente contra el comunismo, la "democracia" se ve obligada a sellar un significativo maridaje con los restos alemanes del nazismo (los Hjalmar Schacht, los Krupp, los generales de Hitler), con Franco, etc., etc. Con lo que la ideología "antitotalitaria" va cobrando inevitablemente, de un modo cada vez más acusado, la fisonomía fascista.

También la "cruzada" contra el comunismo, contra el marxismo-leninismo, es una vieja herencia de la ideología burguesa convertida en reaccionaria. Ya hemos visto cómo fue Nietzsche quien desplegó en toda la línea la lucha ideológica contra el socialismo; y hemos visto también cómo esta lucha fue extendiéndose y agudizándose cada vez más desde 1917, para llegar por último, con Hitler, a su punto culminante provisional, en el que el nivel espiritual más bajo en que hasta entonces se había caído se combinaba con la mentira y la provocación (incendio del Reichstag) y con la crueldad más salvaje y más bestial (Auschwitz, etc.). Apogeo provisional de lo más bajo, decimos, pues vemos cómo ahora es rebasado por la "guerra fría" puesta en escena desde Washington. También aquí se mezcla la ofensiva ideológica con provocaciones del más diverso jaez, pero dando incluso quince y raya, desde todos los ángulos, a la variante hitleriana de esta lucha. Pero, aquí, sólo tenemos por qué ocuparnos del aspecto ideológico del problema.

Hasta ahora, sólo hemos destacado, como se ve, aquellos rasgos de la ideología del "mundo libre" acaudillada por los Estados Unidos en que se muestra su coincidencia con el fascismo, por la sencilla razón de que debemos partir de ella para comprender en su verdadera significación las diferencias que la separan de la ideología hitleriana. El señalamiento de las diferencias podría fácilmente inducir a error, si las discrepancias, a veces incluso antagónicas, no se encuadrasen dentro de esta coincidencia ideológica y social. La reproducción pura y simple del fascismo resultaría en las actuales condiciones, empresa hartamente difícil. Ciertamente es, que sigue en pie, intacto, el fascismo franquista; cierto también que el aparato de Estado de Adenauer está lleno de gentes que hasta hace poco ocupaban puestos dirigentes bajo Hitler; cierto que —bajo la protección de los norteamericanos y con su ayuda— vuelven a brotar por todas partes, en Alemania, las agrupaciones secretas fascistas y las organizaciones de sicarios; cierto que la ideología nazi puede seguir manifestándose y desarrollándose abiertamente, sin que nadie le vaya a la mano, no sólo en "imprudentes" declaraciones de oficiales nazis, desmentidas con torpes balbuceos, no sólo en libros de memorias en que se rinde reverente homenaje a los caudillos del hitlerismo, sino también, abiertamente y con todo descaro, en publicaciones periódicas de carácter programático, como por ejemplo la titulada (*Nación Europa, revista mensual al servicio de la renovación europea, Monatschrift für die euroäische Erneuerung*), donde se ha dicho, entre otras muchas cosas del mismo jaez: "El Reich, más de una vez totalmente destrozado, para resucitar siempre de nuevo, guarda en su entraña las fuerzas necesarias para una plenitud de poderío todavía mayor, etc., etc." Sin embargo, todo esto, con ser característico, no es —por el momento, al menos—, ni siquiera en la Alemania occidental, lo que da la técnica dominante de la nueva ideología. La reacción

internacional –incluyendo también, por tanto, la alemana– se ve colocada, desde el derrumbamiento de Hitler, en una nueva situación objetiva y obligada a sacar, también en lo ideológico, las consecuencias de ello.

Hitler extravió y conquistó a las masas alemanas con su demagogia social y nacional. Lo que quiere decir que su mito, basado en el irracionalismo más desenfrenado, logró dos cosas. Logró, en primer lugar, encauzar ciertos sentimientos nacionales del pueblo alemán, de por sí legítimos, hacia la ideología de un chovinismo imperialista y agresivo, por los caminos de la opresión y el aniquilamiento de otros pueblos. Y, en segundo lugar, este mito afianzó la dominación ilimitada del capitalismo monopolista alemán, de hecho bajo el modo más reaccionario y bárbaro que pueda imaginarse, pero formalmente bajo un ropaje demagógico, presentándolo como un orden social radicalmente "nuevo" y "revolucionario", que trataba mentirosamente de aparecer situado más allá del dilema de capitalismo o socialismo. El mito falaz del "socialismo alemán", de la "democracia germánica" ha sido estudiado ya a fondo en las páginas anteriores, así en cuanto a su génesis como en cuanto a sus funciones, y no hay para qué detenerse aquí en él.

El desenlace de la guerra se ha encargado de destruir ambos mitos, íntimamente entrelazado; y que forman una unidad ideológica. Sobre todo, la forma hitleriana de la demagogia social. Después de la victoria del socialismo en las democracias populares del centro de Europa y en China y a la vista del auge de los poderosos partidos comunistas de masas, sobre todo en Francia y en Italia, es natural que todo grupo del capitalismo monopolista considere una aventura demasiado temeraria el lanzar de nuevo la consigna de "otro" socialismo, como maniobra para desviar del comunismo a las masas. Hitler pudo todavía llegar al poder con ayuda de estos medios; pero no debe olvidarse que ya en 1934 tuvo que recurrir al terror más feroz para exterminar a los partidarios de la llamada "segunda revolución".

Y a esto hay que añadir –que es lo más importante de todo– la diferencia económica entre las dos potencias que acaudillan sucesivamente la reacción del capitalismo monopolista, entre la Alemania hitleriana y los Estados Unidos de nuestros días. El tardío desarrollo del capitalismo en Alemania trajo como consecuencia, según hemos visto, que, al aparecer en la palestra imperialista, se encontrase ya con un mundo colonial repartido. Esto explica por qué su política imperialista fue francamente agresiva, ya que aspiraba a un nuevo reparto de la tierra por la fuerza de las armas. El fracaso de estas ambiciones en la primera Guerra Mundial, las consecuencias económicas y sociales de la derrota y, sobre todo, las que para Alemania tuvo la crisis económica mundial iniciada en 1929, sacudieron los cimientos del capitalismo alemán. Esta situación del capitalismo alemán amenazado abrió el camino a la demagogia social de Hitler, y su demagogia nacional, el programa de una nueva agresión imperialista llevada todavía más a fondo, pudo fundirse también con la demagogia social, llamando a Alemania, como "nación proletaria", a la lucha contra los representantes occidentales del capitalismo monopolista y disfrazando mentirosamente la disputa mundial entre los imperialistas bajo la mentira de una guerra nacional y social de liberación contra el capital de los monopolios.

Pues bien, ninguno de estos móviles actúa en la política interior ni en la exterior de los Estados Unidos. En este país no llegó a verse en peligro la existencia del sistema capitalista, ni en los más agudos períodos de crisis. La Constitución de los Estados Unidos fue desde un principio, al contrario de la de Alemania, una Constitución democrática. Y la clase dominante había logrado allí, especialmente en el período imperialista, mantener en pie las formas democráticas de tal modo que se pudiera asegurar con los medios de la legalidad democrática una dictadura de la capital monopolista tan vigorosa por lo menos como la que Hitler lograra con sus procedimientos tiránicos. Las prerrogativas del Presidente de los Estados Unidos, el poder de decisión de la Suprema Corte en materia constitucional (bien entendido que el que un problema se considere o no como tal depende siempre del arbitrio del capital monopolista), el monopolio financiero sobre la prensa, la radio, etc., los enormes gastos electorales, que impiden eficazmente la formación y el funcionamiento de verdaderos partidos democráticos junto a los tradicionales de los monopolios capitalistas, y finalmente el empleo de medios terroristas (el sistema de Lynch), todo contribuye a poner en pie una "democracia" que funciona como una máquina bien aceiteada y que puede lograr, de hecho, sin romper formalmente con la democracia todo aquello a que aspiraba Hitler. A todo lo cual hay que añadir la base económica incomparablemente más extensa y más sólida del capitalismo monopolista en los Estados Unidos.

En la interesantísima novela de guerra del norteamericano Mailer, *Los desnudos y los muertos*, el general Cummings expresa de un modo muy plástico esta diferencia: "La energía cinética de un país es la organización, el esfuerzo concentrado; el fascismo, como ustedes lo llaman. El plan del fascismo es, bien considerada la cosa, mucho más sano que el del comunismo, ya que se basa reciamente en la verdadera naturaleza del hombre; lo que ocurre es que se ha puesto en marcha en un país poco apto para ello, que no posee bastante verdadero poder potencial para desarrollarse íntegramente. En Alemania, que adolece de una escasez fundamental de recursos naturales, tenían que producirse necesariamente excesos, pero la idea y el plan eran buenos... En el siglo pasado, todo el proceso histórico fue desarrollándose en el sentido de crear concentraciones de poder cada vez mayores. El siglo en que vivimos alumbra nuevas fuentes de energía física y trae consigo la expansión de nuestro universo, las fuerzas políticas y la organización necesarias para hacer posible esta, por vez primera. Por primera vez en nuestra historia tienen los poderosos hombres de Norteamérica, os lo aseguro, la conciencia de sus verdaderas metas. Fíjese usted bien: después de la guerra, nuestra política exterior será mucho más descarnada y menos hipócrita que antes."

Fácil es, pues, comprender, a la vista de todo esta, que los monopolios capitalistas de los Estados Unidos no tienen por qué echar mano, para su uso interno, ni podrían tampoco emplearlos, de recursos equivalentes a los de un "fascismo alemán" o una "democracia germánica". Para ellos, el sistema ideal de la economía sigue siendo el capitalismo, y la "libertad democrática" el arquetipo de la organización del Estado y del régimen de gobierno. Pero hace ya mucho tiempo que el mundo, fuera de los Estados Unidos, como los norteamericanos más perspicaces y honrados, se vienen dando cuenta de cómo esa "libertad democrática" puede irse convirtiendo gradualmente en un

sistema de coacción fascista, sin necesidad de implantar ninguna clase de cambios formales. Para comprender esta, no hace falta, ni mucho menos, tener una conciencia marxista. Esta evolución a que nos referimos ha sido expuesta en su novela *Entre nosotros no se puede suceder eso* por un escritor profundamente burgués como Sinclair Lewis –aunque con muchas ilusiones, cierto es, acerca de la actitud de la burguesía liberal–, después de haber desenmascarado certeramente antes, por ejemplo en *Elmer Gantry*, la realidad de un terror fascista "democráticamente" tolerado y hasta cuidadosamente incubado.

Todo esto explica por qué las condiciones económicas, sociales y políticas de los Estados Unidos tienen que gestar necesariamente una ideología en cuyo centro aparece la defensa franca y abierta del capitalismo y de la "libertad" capitalista. Por tanto, considerado desde el punto de vista filosófico-metodológico, el papel dirigente de la ideología norteamericana en el campo de la reacción, que hoy es ya una realidad, significa la ruptura con aquel método que en su desarrollo alemán hemos llamado la apología indirecta del capitalismo. Método que se ha venido por tierra como el de la ideología dominante, al derrumbarse Hitler, para dar paso de nuevo al de la apología directa del régimen capitalista.

Comenzaremos, para mayor claridad, por los métodos de la defensa del capitalismo, ya que su forma determina también aquel complejo que persigue la combinación de los sentimientos nacionales con los intereses del imperialismo. El problema del capitalismo monopolista sigue ocupando el lugar central de la apología directa del capitalismo, lo mismo que en la apología indirecta. Y se comprende que sea así, pues la indignación espontánea de las masas, que toda apologética se propone como misión fundamental suya aplacar, encauzándola por derroteros favorables al sistema capitalista, va dirigida precisamente contra los monopolios. Las masas, que han comprendido ya la íntima relación que los monopolios guardan con las leyes que rigen la vida del capitalismo, no se dejan fácilmente ganar por una propaganda apologética. La existencia, la dominación y la expansión de los monopolios representan de por sí una agitación espontánea y cotidiana a favor del socialismo. Y no sólo entre los directamente explotados, sino también entre los intelectuales. El degaullista Raymond Aron señala en algún lugar, deplorándola profundamente, la ineficacia de la propaganda norteamericana entre la intelectualidad francesa e incluso la actitud hostil de esta frente a ella, aduciendo como razón la de que "para la mayoría de los intelectuales europeos, el anticapitalismo es mucho más que una simple teoría económica: es un artículo de fe".

Hitler resolvió este problema con el mayor simplismo: rebautizando los monopolios alemanes –aunque solamente los alemanes– con la nueva etiqueta del "socialismo alemán". (La filosofía del irracionalismo extremo se encargaba de crear la atmósfera espiritual de una fe ciega, necesaria para que este absurdo pudiera prender.) Los ideólogos del capitalismo monopolista norteamericano no pueden ni quieren seguir este camino, y ello los coloca ante la necesidad de presentar el capitalismo monopolista como algo fortuito y contingente, susceptible de ser eliminado.

Pondremos como ejemplo de esto a Lippmann. Su método es el de la consabida economía vulgar: identifica la economía con la técnica y prácticamente habla siempre de técnica en vez de

economía, para extraer de aquí la "prueba", que evidentemente no puede convencer a nadie, ni siquiera partiendo de sus propias premisas, a saber: que el desarrollo de la técnica y de la producción en masa "no requiere de por sí ninguna clase de monopolios". "La concentración –dice– tiene su origen en el privilegio, y no en la técnica. "Pero ¿de dónde nace el privilegio? La respuesta no puede ser más simple: los liberales, argumenta el citado autor, llevados de su miope y equivocada aplicación del principio del *laissez faire*, han admitido e incluso estimulado la creación de tales privilegios; entre los años 1848 y 1870 prevaleció la "supremacía intelectual" del colectivismo. (¿Nacida de qué? Y de nuevo nos encontramos con la explicación más simplista que imaginarse pueda: del "clima intelectual". "La miseria viene de la pobreza", había dicho ya sentenciosamente, hace cien años el Tío Bräsig de Reuter, parodiando humorísticamente esta dase de explicaciones.) De este error de los liberales han nacido los monopolios. Sabiduría ésta que no es, a su vez, monopolio de Lippmann, ni mucho menos. Una explicación parecida a ésta da, para explicar el origen de los monopolios, el economista suizo Röpke, creyendo encontrar su causa en el "culto a lo colosal" imperante a fines del siglo XIX y negando, al igual que Lippmann, la necesidad económica de la concentración del capital y, por tanto, la de los *trusts*, los consorcios, las sociedades amalgamadas, etc. Sin perjuicio de que en otro lugar, y sin darse cuenta de la contradicción que había entre esto y la teoría anterior, vea en los mono-polios una herencia del feudalismo. Los *trusts*, dice Lippmann, no surgen orgánicamente, sino que son "fomentados".

En todo caso –y cualquiera que sea el modo como se conciba su origen–, tanto Lippmann como Röpke están de acuerdo en que los monopolios no son, ni mucho menos, inevitables, bajo el capitalismo. Para lo cual eliminan cuidadosamente de la economía del imperialismo todas las notas objetivas esenciales, para captar en sus conceptos, –como sus antecesores, los economistas vulgares de mediados del siglo pasado– solamente la superficie del régimen capitalista; y, como es natural, toda superficie concebida por sí sola, directamente y como algo artificiosamente desligado de la esencia y de las leyes del movimiento, da por fuerza una visión deformada incluso de la superficie.

No cabe duda de que, aunque la concentración y los monopolios no se conciban como fenómenos económicos producidos con arreglo a leyes, como formas inevitables del capitalismo imperialista, su existencia acarrea consecuencias perturbadoras, que el apologista no tiene más remedio que explicar de algún modo. Según Lippmann, ya la economía política clásica los conoció (¿los monopolios modernos?, nos preguntamos), bajo la forma de "fricciones" y "perturbaciones", pero dando a entender ya por estas solas denominaciones que aquellos economistas "menospreciaban muy considerablemente su importancia social". Menosprecio que la apologética directa trata de corregir. "Por eso –añade Lippmann– es extraordinariamente importante saber si la bancarrota del liberalismo debe atribuirse al error de los liberales o, como entienden los colectivistas, a una especie de inexorable necesidad histórica." Sólo en el primer caso será el error susceptible de reparación. Si la legislación de la sociedad burguesa ha creado los *trusts*, etc., estará también en sus manos limitados e incluso abolirlos totalmente, poniendo fin a la concentración del capital, a lo que Lippmann llama "el colectivismo de los hombres de negocios". Y ésa es, según él, la gran misión que hoy tiene ante sí

el liberalismo renovado. Lippmann rechaza sarcásticamente los intentos de conciliación de otros liberales. Por ejemplo, el de Stuart Chase: "La democracia política puede sostenerse en *todos* los terrenos, *siempre y cuando que se aparte* de la economía" (subrayado por él mismo). El error del liberalismo estribaba, por el contrario, en "empeñarse en considerar como algo absoluto e intangible la propiedad y las prerrogativas de las sociedades de capital". La posibilidad de un cambio no está excluida, se nos dice: "Los hombres de hoy pueden reformar el orden social, modificando las leyes."

Como Lippmann sólo se fija en la superficie subjetivamente deformada de la sociedad capitalista, no se le ocurre siquiera preguntarse cómo nacen las leyes, es decir, pararse a investigar de cerca las relaciones entre la economía y la supraestructura jurídicoestatal. Y así, puede decirnos con el descaro propio del "cretinismo parlamentario" que existe la posibilidad de semejante cambio; pasa de largo ante el único problema interesante, el de saber qué fuerzas sociales pueden imponerlo de un modo real, y se contenta con un arbitrio demagógico –y teóricamente adocenado– encaminado a confundir al lector simplista.

Hasta qué punto está ausente la buena fe de esta clase de razonamientos podemos comprobarlo fácilmente en el otro autor que mantiene las mismas ideas, en Röpke. Éste apoya en los siguientes argumentos la misma política antimonopolista "activa", que culmina, lo mismo que la de Lippmann, en una apelación al legislador: "Que este último camino es perfectamente viable lo ha demostrado el ejemplo de los Estados Unidos, en 1890, con la ley Sherman, que prohíbe todo monopolio y todo convenio monopolista y que sigue siendo todavía hoy la base del derecho económico norteamericano." Los hechos le obligan, claro está, a añadir a renglón seguido que "hasta ahora, esta ley ha resultado ineficaz"; pero de ello tienen la culpa, según él, de una parte, la política arancelaria de los Estados Unidos que fomenta los monopolios, y de otra parte, la falta de decisión para aplicar enérgicamente dicha ley. Realmente, cuando se ofrece como una perspectiva real y prometedora, partiendo de tales premisas, la prosecución de este camino neoliberal de supresión legal de los monopolios (sin molestarse en examinar las causas económico-sociales que en la práctica la condenan al fracaso), tiene uno que admirar la osadía de quienes se atreven a servir a sus lectores semejantes necesidades, en las que ni ellos mismos pueden creer.

Como es natural, Lippmann y Röpke no son, en este punto, más, que simples ejemplos. Los mismos razonamientos, aunque formulados de un modo distinto, encontramos en otros autores. Como elementos esenciales y comunes a todos hay que destacar, principalmente, dos. En primero lugar, la concepción del capitalismo (la llamada "economía del mercado libre") como el orden social ideal. Las posibles y eventuales "perturbaciones" que en ella se adviertan son, simplemente, fenómenos secundarios que la legislación puede cuando quiera encargarse de eliminar; y ello es posible, porque rige la "libertad" de una "democracia" en que la mayoría de votos es decisiva y todopoderosa. En segundo lugar, este método representa, idealmente, un supuesto retorno a los clásicos de la economía. Pero ¿qué clase de retorno es éste? La gran aportación teórica de los clásicos fue el haber creado la teoría del valor basado en el trabajo, es decir, el haber concebido y puesto de manifiesto realmente (aunque de un modo defectuoso y fragmentario) las leyes del capitalismo de tal

modo, que, partiendo de aquí, podía fundamentarse la teoría de la plus-valía (de la explotación), la conciencia de las contradicciones del capitalismo, como se advierte ya claramente en la disolución de la escuela ricardiana. Y, como es natural, no cabe hablar aquí, realmente, de un retorno a tales doctrinas. Con lo que se enlaza no es precisamente con los clásicos, sino con sus epígonos decadentes, los economistas vulgares, que pugnan ya por eliminar de la teoría del capitalismo toda contradicción y que interpretan a los clásicos como si su propio adocenamiento, en que se busca por encima de todo y a todo trance la armonía, fuera real-mente la esencia de la doctrina clásica.

Esta tendencia a la vulgarización hubo de ser puesta ya claramente de manifiesto por Marx a propósito de una figura de transición que no era todavía del todo desdeñable, ni muchos menos: la de James Mill. Marx contrasta al maestro (a Ricardo) con Mill, y dice: "En el maestro, lo nuevo y lo importante se desarrolla en media del 'estiércol' de las contradicciones; Ricardo se esfuerza por desentrañar violentamente la ley de entre las manifestaciones contradictorias. "En Mill ocurre lo contrario: "Allí donde la relación económica –y, por tanto, las categorías que la expresan– envuelven antagonismos, contradicciones y, por ello mismo, la unidad entre éstas hace resaltar la *unidad* de las contradicciones y niega las *contradicciones* mismas." Y esta tendencia se acentúa todavía más en los vulgarizadores declarados.

Sin embargo, tampoco esto basta para definir suficientemente la economía actual. También el viraje de la teoría en el período preimperialista e imperialista, la total subjetivación de la economía, desde la teoría de la utilidad-límite hasta Keynes y los economistas norteamericanos de nuestros días, se arroga la pretensión de continuar la tradición de los clásicos, y esta misma interpretación falseadora de la 'historia envuelve la innovación de Adam Smith en Lippmann. En realidad, comparado con estas economistas de hoy, hasta un vulgarizador y apologista tan adocenado como Say podría pasar por un pensador profundo y un investigador imparcial de la realidad. El carácter de semejante herencia aparece bien claro en un Malthus. A nadie puede sorprenderle, después de lo que dejamos expuesto, que este autor se vea exaltado hoy y que su teoría de la población alcance una influencia tan extraordinaria. Y, sin embargo, ni el propio Malthus sirve a los fines actuales de los apologistas de la economía del imperialismo en su versión original, sino que éstos se ven obligados a "corregido" en un sentido todavía más reaccionario. Se limitó a hacer la "apología de la miseria de la clase obrera" (Marx), y lo que hoy se predica, en la actual renovación del malthusianismo, es el exterminio de pueblos enteros, la apología de guerras que reclaman sacrificios de docenas de millones de vidas humanas (Vogt). Pero incluso autores más moderados, que no están dispuestos a ir tan allá, por lo menos abiertamente, en las consecuencias de tales doctrinas, consideran en buena lógica malthusiana el rápido aumento de la población como la causa de la miseria, como la causa de que no puedan traducirse en un bienestar general las delicias del capitalismo (Röpke).

No tratamos, en estas páginas, de señalar ni siquiera de esbozar los problemas de la economía capitalista actual. Nuestro análisis sólo se propone poner de manifiesto el cambio general de orientación de la ideología, después del derrocamiento de Hitler. La demagogia social hitleriana iba asociada a un irracionalismo descarado y culminaba en esto: las contradicciones del capitalismo,

consideradas como insolúveis –mediante o emprego de meios normais– empurravam ao salto a um mito radicalmente irracionalista. A defesa actual –directamente apologética– do capitalismo, renuncia aparentemente ao mito e ao irracionalismo. Em quanto à forma, ao modo de exposição e ao estilo, nos encontramos aqui com uma linha de argumentação puramente conceptual e científica. Porém só aparentemente. O conteúdo da construção conceptual é, em realidade, a pura ausência de conceitos, a construção de concatenações inexistentes e a negação das leis reais, o aferramento às concatenações aparentes reveladas directamente (es decir, ao margem dos conceitos) por a superfície imediata da realidade económica. Estamos, por tanto, ante uma nova forma do irracionalismo, envolto baixo um ropaje aparentemente racional.

Porém não, certamente, ante uma forma fundamentalmente nova. Já hemos puesto de relieve a trabazón entre a economia norte-americana (e os seus secuaces europeus) e a economia vulgar, e asimismo hemos señalado cómo todas as tendências anticientíficas de esta actual economia acusam uma acentuação em consonância com as condições da apologia directa do capitalismo na época imperialista.

Por tanto, aquelas tendências do irracionalismo puestas já de manifesto por Marx como imanentes à velha economia vulgar seguem presentes na economia vulgar de hoje, porém em uma escala tan aumentada, que o incremento da quantidade se trueca já, aqui, em uma nova qualidade: o irracionalismo implícito da velha economia vulgar se converte agora em um irracionalismo explícito. E, como quier que as palavras de Marx referentes a isto contêm uma exposição ampla e fundamental dos problemas com que aqui nos encontramos, cremos obrigado citá-las directamente: "Sem embargo –dice Marx–, as mediações das formas irracionais baixo as que se apresentam e se compendiam praticamente determinadas relações económicas, não interesam em lo más mínimo a os portadores das relações, em os actos e manejos; e, acostumbrados como estão a mover-se dentro das, em nada escandalizam a sua inteligência. Para ellos, uma contradição flagrante não tem nada de misterioso. Se mueven como o peixe na água dentro das formas e manifestações sustraídas a toda conexão interna e que, consideradas de por sí, isoladamente, são algo repugnante. Poderíamos aplicar a isto lo que Hegel dice de certas fórmulas matemáticas, afirmando que lo que o sentido común considera irracional é lo racional e lo que para él é racional, a irracionalidade mesma."

Notas:

¹ Filósofo e político húngaro de origem judaica, ingressou no Partido Comunista Húngaro em 1918. Foi Comissário do Povo durante o efémero governo de [Bela Kun](#), e tornou-se, no pós 2ª guerra, uma espécie de porta voz do Marxismo intelectual, sobretudo após a discussão pública que o opôs a K. Jaspers e outros filósofos ocidentais nos Encontros Internacionais de Genebra, de 1946. Ministro da Educação do Governo de Imre Nagy, foi deportado para a Roménia após a invasão da Hungria por tropas soviéticas em 1956. Email: revistagerminal@ufba.br

Recebido em: 08/2019
Aceito em: 08/2019